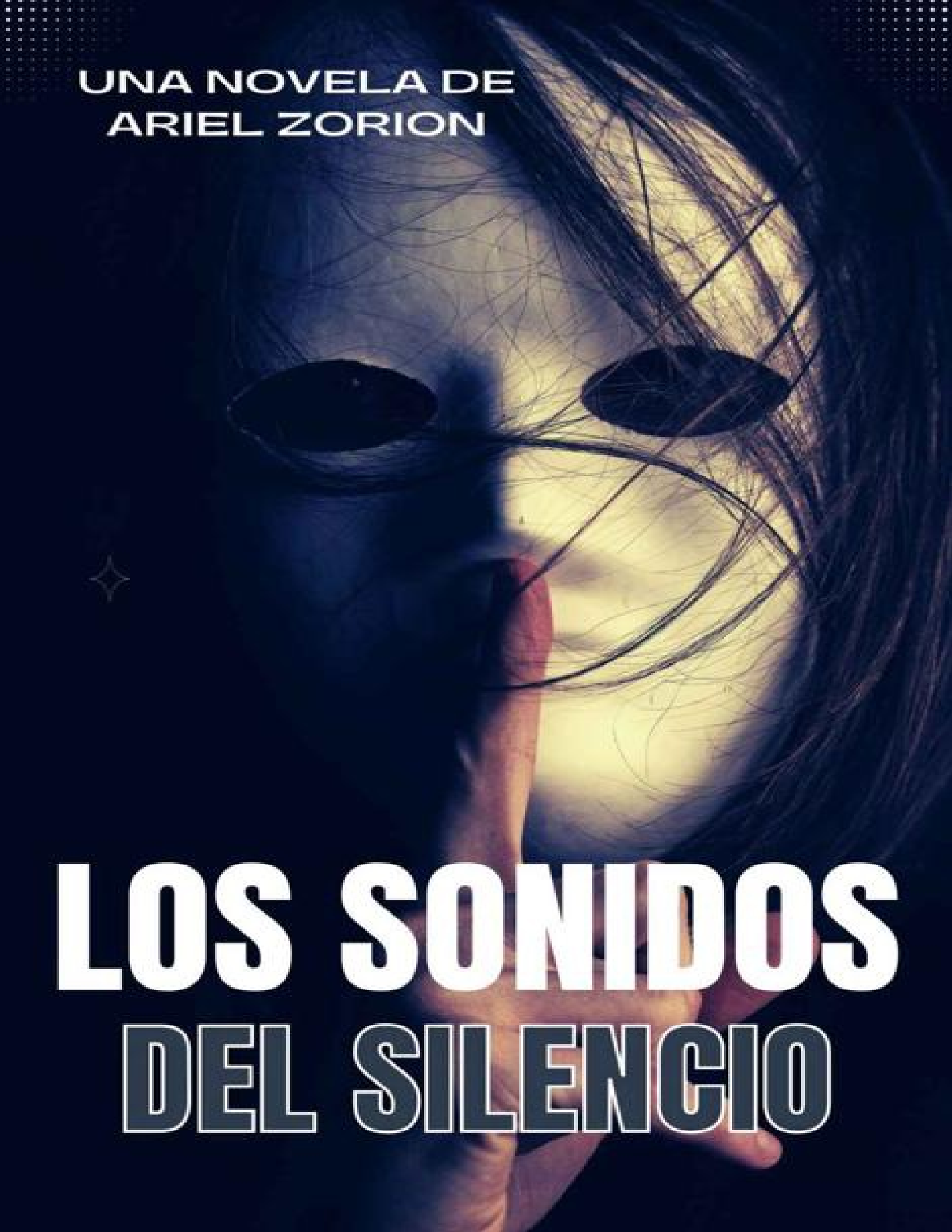




UNA NOVELA DE
ARIEL ZORION

LOS SONIDOS DEL SILENCIO

Ariel Zorion

Los sonidos del silencio

© Ariel Zorion

Ariel zorion

Copyright

Imagen de portada: *realizado con una plantilla de Canva con imagen de Pixabay. Autor: Engin_Akyurt*

© Ariel Zorion

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso de la autora.

Instragram: @ariel_zorion

Web: <https://www.arielzorion.com>

Mail: arielzorion@arielzorion.com

Para mis padres y mi esposo,
*que siempre me han querido
de forma incondicional.*

Sinopsis

La vida de Abril está a punto de cambiar. Ha encontrado un trabajo nuevo con el que está muy ilusionada y su relación con Marcos se va asentando poco a poco. Nada apunta a que, de la noche a la mañana, el sueño pueda tornarse en pesadilla.

Sin embargo, un suceso imprevisto arruinará su vida y la reducirá a meras cenizas. La secuelas serán hondas y la destrozarán a nivel psicológico. Se encerrará en sí misma, desarrollando incluso distintas fobias fruto de la ansiedad y la depresión, y terminará por echar de su vida a casi todos los que la quieren.

Iniciará un camino de introspección personal, a veces bastante autodestructivo, que le costará abandonar.

¿Logrará recomponerse?

¿O está abocada a un terrible final?

Índice

Prólogo

1. Inicio
2. Novata
3. Camino a casa
4. Ilusión
5. Inflexión
6. Sombras
7. Instantes
8. Espera
9. Angustia
10. Sucesos
11. Calvario
12. Hospital
13. El día después
14. Preocupación
15. Los sonidos del silencio
16. Decisiones
17. Decepción
18. La alternativa
19. Principio
20. Abordaje
21. Opciones
22. Miedos
23. Incertidumbre
24. Pasos de un camino
25. Resolución
26. Pesadilla
27. Regreso a la vida
28. Detención
29. En la comisaría
30. Juicio

Epílogo. 10 años después

Prólogo

La mano cubre su boca. Le impide hablar. El silencio grita lo que su garganta no puede. La desesperación se refleja en ese rostro demudado. Los ojos quieren salirse de sus cuencas, escapar, huir de esa situación agónica. Las lágrimas comienzan una carrera hacia la nada. Su cuerpo tiembla, se agita y casi convulsiona.

—Ssssssh

El siseo en su oído se siente como un chillido agudo, una orden violenta, una prohibición manifiesta.

—No hables. Ni lo intentes. Si tratas de gritar, te mato.

La hoja del cuchillo se le clava en la piel del cuello. Debe estar afilada, puesto que le parece que le ha producido un ligero corte. El cálido líquido que discurre por él lo confirma.

El miedo ha licuado su sangre. El terror empuja su corazón, que late tratando de salirse del pecho. Cada una de las partes de su cuerpo quiere escapar de esa realidad increíble, de ese “*esto no puede estar sucediéndome a mí*”, porque la vida, plácida y llevadera, en un instante se transforma en un tortuoso camino poblado de horrores inimaginables.

Hace tan solo un segundo, se dirigía al lugar en el que había quedado con su novio. Un instante después, teme que sea el último.

La amenaza de muerte se siente muy real.

En cualquier caso, sea quien sea quien la tiene agarrada, quiere herirla.

En realidad, ya lo ha hecho.

Un daño que será irreparable.

ANTES

Inicio

Unas horas antes

Suena el despertador. Hoy empieza en una nueva empresa. Está nerviosa, impaciente. Ha tenido mucha suerte de encontrar ese trabajo. El sueldo es más que bueno. Es extraordinario. No imaginaba que en tan poco tiempo, las cosas pudieran irle tan bien. Es joven y, desde que terminó la carrera, le han llovido las ofertas de trabajo. Eso no es lo habitual. Lo sabe por otros compañeros de la facultad que no han tenido tanta suerte como ella.

En realidad, considera que se lo merece, aunque eso no se atrevería jamás a decirlo en voz alta.

Hace un mes empezó su relación con Marcos. En la universidad se llevaban bien, pero no pasaron de eso, aunque siempre le atrajo más de lo que se decidía a confesar. Él estaba en el último curso cuando Abril se encontraba todavía en segundo. Pensaba que no tenía ningún interés en ella. El destino lo ha vuelto a poner en su camino en un momento importante de su vida. Tiene la impresión de que, desde que se volvieron a encontrar, todo comenzó a enderezarse. En realidad, está exagerando, pues la suerte suele acompañarla. Sin embargo, no es eso lo único, ya que añade por su cuenta una buena dosis de esfuerzo.

Se siente feliz.

Plena.

Nada puede salirle mal.

Está en racha.

Es así.

Una certeza.

Abril es de las que cree en el destino. En el Karma. Y el suyo le sonríe. No piensa desperdiciar este presente maravilloso que se abre ante ella y le regala una oportunidad de oro.

Abre la puerta de su casa decidida a comerse el mundo.

No espera que, en tan solo unas horas, sea el mundo quien la devore a ella.



Novata

Llega antes de la hora. Se presenta ante los jefes. Se muestran amables. Le dicen que esperan mucho de ella, que su currículo habla por sí solo. Excelentes notas en la universidad. Recomendaciones de distintos profesores. Se vanaglorian de incorporarla a la empresa. No desaprovechan la oportunidad de meterle la dosis exacta de presión para que dé el máximo y no se relaje.

Es lo que toca.

Es su labor como personas al mando de la organización.

Le asignan a una persona para que se encargue de ponerla al día. No le darán mucho margen. En unas pocas horas, debe estar operativa. La han contratado porque ha presentado unas credenciales impecables. Ahora le toca demostrarlo. No debe olvidar que está a prueba. Si desperdicia la ocasión, antes de un mes estará fuera. No se pueden permitir contratiempos ni desaprovechar otros talentos que puedan estar llamando a sus puertas.

Siente la presión. La esperaba, aunque quizá no tanto. O no tan pronto. Percibe el estrés que se abre paso en su interior. De momento, es del bueno, del que nos mantiene alerta, del que nos pone en marcha. De ese que, en su justa medida, logra que rindamos incluso por encima de nuestras posibilidades.

Se impregna de todo lo que la rodea. No quiere dejar escapar nada. Hay mucho ruido. Mezclas de sonidos que se superponen, abarcando todo el espectro auditivo.

La oficina bulle de actividad.

No hay huecos para el silencio.

Sabe que lo echará de menos.

Es como mejor se concentra.

Le ayuda a ver las cosas con más claridad.

Se acostumbrará.

No le queda otra.

Quizá exista otra posibilidad. Tal vez pueda trabajar con unos auriculares de cancelación de ruido. Quizá no ahora, no hoy, pero sí mañana o un poco más adelante, cuando tenga más confianza y demuestre que merece la pena que sigan contando con ella.

Siempre ha sido muy sensible a ellos, a los sonidos estridentes, a los estruendos del día a día, a la invasión de sonoridades no buscadas. Se ha ido adaptando. Es inevitable, porque están por todas partes. El silencio apenas existe en la sociedad de hoy. Los tubos de escape, los motores, el taconeo de personas que pasan deprisa, las bocinas, los gritos, la música que escapa de los auriculares de la persona que está a su lado, las conversaciones ajenas, las sirenas que piden auxilio o que se lanzan a una carrera alocada para salvar a alguien...

Los ruidos lo colonizan todo de una forma tiránica.

No pasa nada. Está bien. Podrá concentrarse. No es la primera vez que lo hace. Buscará el silencio interior que le permita centrar su atención en lo que debe hacer.

No debe olvidar que es la nueva.

La novata.

Más le vale cumplir las expectativas.



Camino a casa

Ha ido bien. Excelente se atrevería a decir, si no fuera porque de pequeña la enseñaron a no ser presuntuosa, a mostrar humildad, a no molestar a otros. A pesar de ello, en su interior sabe que ha sido un gran día. Los jefes se han mostrado complacidos.

—Has hecho un gran trabajo para ser tu primer día —la felicitó Sandra con sinceridad, la mujer que estaba al cargo del equipo al que había sido asignada. Su expresión facial no mentía.

—Gracias —respondió con una enorme sonrisa.

No se tiene por qué sentir mal por un instante de autocomplacencia. El problema es que en su interior está grabado a fuego ese mensaje que ha escuchado desde la infancia de que hay que ser modesta, respetuosa, de que es importante agradar a los demás, cumplir lo que esperan de nosotros.

—¡A la mierda! —dice en voz alta. Se le escapa una risilla. Va por la calle. Podrían pensar que está loca. Por suerte para ella, en la era de los *smartphones* todo el mundo parece ir hablando solo, lo que dificulta distinguir a los locos de los cuerdos. Tal vez sea porque todos, en uno u otro sentido, hemos perdido un poco el norte.

Decide llamar a Marcos. En principio, ese día no tenían pensado verse. Pero es que hay algo que celebrar. Necesita contárselo todo, compartirlo con él.

Quedan para cenar por la noche. Él se encargará de hacer la reserva. Quiere llevarla a un sitio especial. Le mandará un mensaje con la hora y la ubicación. No cree que le dé tiempo a pasar a recogerla.

Tendrá que acudir sola a la cita.

No tiene por qué haber nada de malo.

Pero esta vez será distinta.



Ilusión

Se pone música mientras se arregla. Eso la anima. Está cansada y necesita activarse. Han quedado más tarde de lo que esperaba. Marcos no puede salir antes del trabajo. Ese día tiene guardia y debe quedarse hasta el final. Además, ha surgido un imprevisto. Por eso lo de quedar a una hora tardía. Abril piensa en que al día siguiente estará agotada si la noche se alarga. No pasa nada. Está tan entusiasmada con su nuevo empleo que suplirá el cansancio con el extra de motivación.

Se pone un vestido sexi que realza su innegable atractivo. Se maquilla. Quiere estar guapa y elegante. El restaurante al que van lo requiere. No quedaría bien si se presenta con unos vaqueros y unas Converse. Además, le apetece. Tiene ganas de verse guapa. En realidad ya lo es. No necesita adornos. Tiene una belleza natural que suele robar la atención de otros.

Sus ojos son muy expresivos, de un color singular difícil de definir. Sus pestañas, largas y oscuras, enmarcan una mirada dulce. La nariz es pequeña y un poco respingona, lo justo, como si hubiera sido diseñada con precisión. Los labios carnosos y seductores se abren en una amplia y bonita sonrisa coronada por unos pómulos bien definidos.

En la ocasión que está por venir, ser tan bella supondrá una desventaja. Deseará no haber llamado la atención.

Sale con tiempo suficiente para llegar puntual. Irá a pie. Se pone unos tacones, puesto que sabe que después Marcos la acercará en su coche. De no ser así, habría elegido unas manoletinias, mucho más cómodas y que la permiten andar más rápido. Al fin y al cabo, sus piernas largas y delgadas no requieren ser estilizadas por zapatos de alturas imposibles, aunque hoy le apetezca estar impresionante.

Aunque es noche cerrada, la temperatura es agradable. Cuando sale del portal, goza de la sensación que provoca una tímida brisa en su rostro. Sonríe ante algo tan liviano, pero a la vez un inmenso regalo de la naturaleza. A Abril le gusta disfrutar de los placeres pequeños, exprimirlos al máximo, aprehenderse de ellos.

Del cálido abrazo del sol.

De los destellos que este vierte sobre el mar.

De los espectaculares tonos anaranjados del ocaso.

Del color alegre de una flor.

Se encamina hacia su destino, al que anhela, no al que le espera. Siempre le ha gustado andar. La despeja. No le supondrá más de quince minutos alcanzar el lugar en el que se ubica el restaurante.

En realidad, le costará toda una vida.



Inflexión

Cuando gira la esquina en la que se encuentra su edificio, una bocanada rebelde de aire le revuelve el pelo. Sonríe. Le parece casi divertido. Después del rato que ha dedicado a plancharlo y dejarlo perfecto, solo ha hecho falta un segundo para arruinar tanto esfuerzo. Se lo peina con los dedos y sigue su camino, con esa despreocupación que da la falsa confianza de sentirse segura.

Ha recorrido cientos de veces esas mismas calles, tal vez miles. Las conoce bien. Son familiares. Es un día entre semana y hay poca gente transitando por ellas. Eso le sorprende porque, aunque sea un día laborable, suele haber bastante animación. Esa ciudad destaca por su alegría y su animosidad. Y, a pesar de ello, como otra cualquiera, también alberga monstruos en su interior.

Mira el reloj. No sabe cómo, pero se le ha hecho tarde. Se debe haber entretenido más de la cuenta arreglándose, pero la realidad es que ni ha sido consciente de la hora que era. Aprieta el paso y decide acortar por un pasaje que conoce. Suele estar oscuro, poco transitado, pero no le da miedo. No tiene por qué suponer un peligro.

Ni siquiera se lo plantea.

Solo piensa que quiere llegar cuanto antes a su cita con Marcos.

No quiere hacerle esperar.

Está deseando contarle las novedades.

Y ese no pensar, su manera distraída de caminar por la calle y sus ojos, de vez en cuando, más pendientes del móvil que de lo que la rodea, le impedirá percibir las sombras que empiezan a cernirse sobre ella y la arrastrarán hasta un punto de inflexión en su vida.



Sombras

Le ha entrado un *whatsapp*. Lo mira. Vuelca toda su atención en él. Se abstrae del mundo que la rodea. De sus sonidos admonitorios, del silencio sordo y fuera de lugar, de sus avisos, de esos pasos que la acechan.

De la amenaza que se cierne sobre ella.

Es una de sus mejores amigas interesándose por cómo le ha ido su primer día en el trabajo. Su cara se ilumina con una sonrisa. Agradece tanto su interés... Siempre está pendiente de ella. Lo mejor será contestar mandando un audio. Es lo más rápido. No puede entretenerse en escribir. Además, lleva tacones y podría tropezarse. No en vano va con prisa, con lo que la alerta ya de por sí se reduce cuando el único objetivo es llegar a tiempo. Lo irónico es que, en este caso, Marcos por encima de todo querría que llegase, por muy tarde que fuese.

Pero él todavía no lo sabe.

Y ella ni lo imagina.

Comienza a mandar el mensaje. El melódico tono de su voz acalla otros rumores que habría percibido en mitad del vacío, de la nada, sonidos que la alertarían para que tuviese cuidado, para que saliera corriendo o simplemente eligiera otro camino.

Un hombre tapado con una capucha negra se aproxima a ella. La ha visto dirigirse hacia allí de forma incauta. Le ha cautivado. Su despreocupación, además, le ha aportado un ingrediente extra que ha despertado un hambre que hace tiempo que ha empezado a abrirse paso en su interior.

Él sí se guarda de no hacer ningún ruido y convierte al silencio en su aliado. Sabe de sobra que es la clave para lograr su mezquino objetivo y salir impune, pero también indemne.

La chica llegará a ese punto más oscuro del pasaje en el que sabe que puede asaltarla con total libertad. Será su momento. La oportunidad perfecta que no puede permitirse perder.

En ese lugar lóbrego, tiempo atrás olvidado, hay un recodo en el que puede ocultarse con ella y vigilar que no se acerque nadie. Allí podrá hacer con la chica lo que se le antoje. Se relame anticipando. Sus fantasías se disparan e inician una carrera alocada.

Es una sombra en la noche.

La oscuridad le protege.

La penumbra es su aliada.



Instantes

La vida se compone de instantes. Algunos felices. Otros desgarradores. Y unos pocos intrascendentes. Esa noche, los instantes marcarán una raya quebrada, una división de resto cero, porque partirá una vida en dos. En realidad no solo una, sino muchas, pues una persona es, en realidad, una constelación de otros seres humanos, un mundo de yoes compuestos por los retales de vidas compartidas.

En un instante, alguien la agarra por detrás.

En un instante, le tapa la boca y la inunda de terror.

En un instante, pierde su zapato de tacón y se tuerce el tobillo cuando la sombra la arrastra.

En un instante, se arrepiente de las pequeñas decisiones que ha tomado y que le han puesto en esa situación.

En un instante, sabe que su vida ha cambiado para siempre.

En un instante, incluso piensa que tal vez ya no haya otro día por vivir.

El miedo es tan intenso que no se siente dueña de su cuerpo. Tiembla, se agita y convulsiona sin permiso, como si le hubiera asaltado un pico de fiebre alta que la domina de pies a cabeza. Percibe el olor de su agresor. Es desagradable. Una mezcla de tabaco y sudor. Es agrio y penetrante, tan poderoso que cree que se quedará aferrado a sus papilas olfativas para siempre.

—Ssssssh —la insta a guardar silencio, mientras ejerce mayor presión sobre la boca de su víctima. Abril piensa que está a punto de desmayarse, no solo por el terror que experimenta, sino porque percibe que el aire no le llega a los pulmones.

Se agita, sobre todo por esa angustia que le provoca la falta de oxígeno, la cual la alerta de la posibilidad de asfixiarse si no hace algo a tiempo. Pero su reacción confunde a su atacante al interpretar que intenta decir algo, el cual se muestra si cabe más duro con ella.

—No hables. Ni lo intentes. Si tratas de gritar, te mato.

Las lágrimas le queman la piel y vacían sus ojos, abiertos de par en par fruto de la incredulidad que los domina. Miran una realidad ajena, desconocida, que la adentra en una senda de dolor y de suplicios. Miran sin ver al pasado que ya no existe, a este presente que no quiere y a un futuro que se presenta incierto.

«Esto no me puede estar pasando a mí», piensa tratando de disfrazar la verdad.

Negándola.

Inventándose una fábula en la que pueda habitar.

Pero le está sucediendo.

Es demasiado real.

El desconocido aprieta su cuerpo contra el de ella y, con la mano que tiene libre, comienza a manosearla. Recorre su anatomía con un tacto áspero. Acerca su boca al lóbulo de su oreja y lo lame, provocando en ella casi una náusea. Mete la mano por debajo del vestido y sube por su muslo. Es suave y terso. Sigue subiendo hasta su zona erógena y juguetea con sus dedos, haciendo que ella se contraiga, absolutamente aterrada por lo que anticipa que puede pasar. La aprieta contra él y se excita.

Más, si cabe.

De pronto se detiene. Con la otra mano sigue tapándole la boca. Ella no puede ver qué intenta. Pero pronto lo sabrá.

Está sacando un cuchillo.

Se lo pone en el cuello.

Aprieta la punta hasta que una diminuta gota de sangre recorre la piel hasta su clavícula.

—¿Tienes claro ya el mensaje? —pregunta con voz ronca.

Ella asiente con la cabeza. Las lágrimas no paran de brotar. Cada vez más gruesas. Cada vez más saladas.

—Muy bien. Así me gusta. Ahora ya puedo destaparte la boca. Si intentas algo, te rajo el cuello.

No es una amenaza.

Es una certeza.



Espera

Marcos no para de mirar la pantalla de su móvil. Es raro que Abril llegue tarde. No recuerda que lo haya hecho desde que la conoce. Por otro lado, si supiera que no iba a estar puntual, le habría avisado. No obstante, prefiere no preocuparse. Tampoco ha pasado tanto tiempo. Son diez minutos, nada excesivo. Además, es de los que piensan que siempre hay una explicación lógica para todo. Por ejemplo, puede que se haya olvidado el teléfono en casa y, por el camino, se ha encontrado con alguna amiga con la que se ha entretenido de más. Se le habrá ido el santo al cielo y ahora mismo estará corriendo para acortar la distancia que le queda para llegar al restaurante.

Algo así debe ser.

El principio de parsimonia.

La navaja de Ockham.

Pide una copa de vino al camarero mientras espera.

—¿Quiere que le tome nota de algo más? —le pregunta este.

—No, gracias. Prefiero esperar. No puede tardar ya mucho —responde con una sonrisa.

Media hora tarde.

Ahora sí está preocupado. ¿Se habrá despistado y no recuerda que han quedado? ¿Acaso no sabe en qué lugar? ¿O se ha equivocado de día?

Rememora la conversación que tuvieron por teléfono. Imposible. No se puede haber olvidado. Mira su móvil. Revisa sus *whatsapps*. A veces entran con retardo. Cualquier excusa es buena cuando necesitas una justificación que le dé sentido a lo inexplicable. Tiene buena cobertura y su teléfono parece que funciona bien. Mira la última vez que estuvo conectada. Hace treinta y cinco minutos, cinco antes de la hora a la que habían quedado.

La telefonea. Espera que dé los tonos de llamadas. La conexión por fin se ha establecido. Endereza su espalda esperando que, de un momento a otro, la voz de Abril llene el vacío y desarme los miedos. Escucha esos intermitentes sonidos que han roto el silencio y te indican que tienes que esperar a que el otro responda. Ahora aguarda hasta que se agotan, abriendo una incertidumbre angustiosa.

En un lugar perdido y oscuro de esa ciudad, se oye una melodía que se va apagando con el paso de los segundos.

Nadie le responde.

—¿Necesita que le traiga algo más? —pregunta el camarero, al ver que el cliente ya ha apurado su copa de vino y que su acompañante sigue sin venir.

—No, de momento no, gracias —contesta serio, con un rostro que denota preocupación.

Piensa en qué puede hacer. Ahora sí está preocupado. Tiene un mal presentimiento. Teme que le haya pasado algo.

Ahora le gustaría disponer de una *app* que le dijese dónde se encuentra Abril. No se atrevió a proponérselo porque no quería parecer un novio posesivo, pero en realidad, le parece que podría ser útil en ambos sentidos, para él y para ella, para casos en los que necesitas localizar al otro o,

como en ese instante, en el que uno de los dos necesita ser encontrado.
Se devana los sesos.
Decide pagar la cuenta y salir en su busca.



Angustia

Disfruta, no solo por lo que está haciendo, sino por lo que está a punto de llevar a cabo. Se excita casi más anticipando lo que está por venir, cuando le arranque la ropa interior, cuando se derrame dentro de ella. De momento, se deleita en su angustia, en ese sufrimiento febril, en su miedo, en su cuerpo estremecido, en sus lágrimas de rendición.

Lame su oreja otra vez, sin separar ni un milímetro el cuchillo. Siente como se agita, víctima de unos temblores incontrolables. Es consciente de que sus fantasías han ido en escalada. Ya no le satisfacen lo suficiente. La experiencia de dominación sobre otro ser humano es lo más excitante que ha experimentado en su vida. Su erección se pega a los glúteos de su víctima. Se restriega contra ellos.

Está preparado para dar un paso más.

Un paso que le conducirá a un camino solo de ida, porque no hay vuelta cuando decides coger la senda del infierno.

No se ha atrevido hasta ahora. Se ha conformado con intimidar a las otras chicas, tocarlas y poco más. Pero hoy eso ya no es suficiente. Hoy quiere adentrarse un poco más en la oscuridad. Sus pulsiones han encontrado una vía de salida y no tiene intención de reprimirlas. Está en una escalada peligrosa. Es un sádico que se excita sexualmente con el sufrimiento ajeno, con someter a una mujer a su voluntad.

Ha sido incapaz de subyugar sus instintos más bajos, canalizarlos, sobreponerse a ellos. No ha tenido la suerte de conocer a un salvador cuando todavía estaba a tiempo. Nadie en su infancia le protegió, ni se preocupó por él, ni trató de ayudarlo y sacarlo del fango. Solo recibió reproches por ser cómo era, desafectos y repugnancia.

Eso no justifica lo que hace, pero para él lo hace más entendible. Le ayuda a digerir su naturaleza abyecta y monstruosa.

Abril está ajena a todo ese revoltijo de pensamientos, sensaciones grotescas, parafilias y excitaciones desviadas. En medio de ese silencio tan violento, se amplifican los sonidos. El roce de la barba contra su delicada piel, los latidos de un corazón herido de miedo y vergüenza, los pasos que se desplazan por la calle anexa a esa boca negra que es ese pasaje.

Puede oírlo todo.

Y no quiere escuchar nada.

Pero no puede abstraerse.

No puede evitarlo.

El roce del cuchillo sobre su piel.

La cremallera del pantalón bajándose.

El castañeteo de sus dientes.



Sucesos

Han sido solo unos pocos minutos, pero con un amargo sabor a eternidad. El tiempo se había transformado en una goma elástica que no cesaba de estirarse, porque el miedo y el sufrimiento distorsionan la percepción del transcurrir de la vida y hacen que parezca que se detiene, se estanca y se deforma.

Cuando ya siente que no va a poder evitar lo que está a punto de ocurrir, cuando anticipa que no hay remedio, que nada va a parar a su agresor, sucede algo inesperado. Alguien entra corriendo en el pasaje.

—¡Alto policía! —se oye en la lejanía.

Duda qué hacer.

Lo más probable es que la poli esté a punto de entrar.

Tiene que tomar una decisión.

Es ahora o nunca.

—¡Te has librado por ahora, zorra! Pero me he quedado con tu cara y volveré a por ti.

La tira al suelo de forma violenta, de tal modo que queda tirada en mitad del paso. Echa a correr. Un instante después, entra en el callejón una pareja de agentes que venían persiguiendo a un carterista.

—Pero, ¿qué? —dice el primero en entrar, al ver a la chica tendida en el pavimento.

La joven no contesta. Se encuentra en estado de *shock*.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? —pregunta mientras se acerca a ella, abandonando la carrera ante una urgencia mayor.

—¿Qué pasa, Arturo? —dice el otro al llegar. Enseguida se da cuenta de lo que sucede, en cuanto ve a la mujer.

— No te preocupes, ahora estás a salvo —dice, cuando intenta transmitirle tranquilidad. Ella se hace un ovillo. Esconde su cabeza entre las piernas y no hace otra cosa más que llorar.

—Voy a llamar a los sanitarios. Será mejor que la lleven al hospital.

Por los azares de la vida, Marcos se aproxima por la calle en medio de un total desconocimiento. Ha cogido esa dirección intuyendo que Abril podría haber seguido ese trayecto. Son de esas cosas para las que es difícil encontrar explicación. Tal vez un hilo invisible que nos conecta con las personas que amamos.

Es entonces cuando ve llegar una ambulancia. Y el peor de los presentimientos le asalta.

—¡Abril! ¡Abril! —grita con desesperación.

Sabe que algo grave ha pasado.

Y no necesita comprobación alguna para darse cuenta de que es su amada a la que acuden a auxiliar.



DESPUÉS

Calvario

No es fácil medir los intangibles. No existen proporciones áureas para ellos. ¿Cómo saber que es peor o mejor cuando hablamos del sufrimiento? ¿Cómo cuantificar el dolor? ¿Qué cifra le pones a los distintos modos de amar? ¿Es posible contabilizar los gestos de cariño perdidos, los abrazos no dados y los recibidos, las palabras de aliento que llegan en el momento justo?

Le dicen que ya ha pasado lo peor. Que ha tenido suerte. Han llegado a tiempo, antes de que pasara algo todavía más grave. Y ella les mira con los ojos perplejos. No, ni mucho menos ha pasado lo peor. Tampoco se siente afortunada y ni mucho menos han llegado a tiempo. Porque el miedo infernal que experimenta se le ha colado hasta el tuétano y ha transformado la persona que era en una nueva en la que no podrá reconocerse jamás.

Atrás quedó la Abril desenfadada, risueña, responsable, la que se preocupaba por los demás, la que disfrutaba saliendo a bailar, la que hablaba por teléfono con sus amigas hasta que le ardía el teléfono en la oreja, la que se abandonaba hasta el éxtasis cuando hacía el amor con Marcos.

La ha sustituido una persona radicalmente diferente, aunque ella todavía no lo sabe, porque sigue en *shock*, en un estado catatónico de incredulidad, debido a que sabe lo que le ha ocurrido, pero su mente no quiere reconocerlo y lo niega en rotundo.

«No puede estar pasándome esto a mí»

«No te está pasando».

«No».

—Señorita, la vamos a llevar al hospital. Allí le harán un reconocimiento a fondo. Es importante que lo entienda. Es fundamental que denuncie los hechos. Es el único modo que tendremos de atraparlo y poner a ese desgraciado entre rejas.

¿Desgraciado? Eso ha dicho. No lo ha hecho para ofender, sino de un modo despectivo y lo sabe. Pero siente que no es un término adecuado.

Ella sí que es desgraciada.

Ella es la que ha padecido aquella violencia gratuita.

El abuso de su ser.

La agresión sin compasión.

Es la que ha sido usada como un mero objeto.

Un medio para conseguir un fin.

Una forma de satisfacer necesidades desviadas.

Se siente sucia, impregnada de un olor repugnante que le recuerda a él. Ha profanado su integridad, la seguridad que sentía, la confianza en sí misma. La agresión ha ido mucho más allá de lo que le ha hecho a su cuerpo, porque se ha colado en una capa muy profunda de la piel, una a la que es casi imposible acceder.

—¡Abril! Soy yo, Marcos. Estoy aquí, vida mía.

Oye su voz, la cual poco a poco la devuelve al presente, a esta realidad que no quiere vivir pero también a otra en la que era feliz. Le mira casi sin ver, como si su imagen no correspondiera con la historia de la que es ahora protagonista.

Marcos pertenece a un pasado que se ha hecho añicos, como un espejo que se cae al suelo y se quiebra en mil pedazos. No puede juntar las piezas, no sabe cómo hacerlo para que siga siendo el mismo con el que iba a compartir una noche de celebración, con el que solía reír, con quien su cuerpo ardía hasta fundirse con tan solo el roce de su piel.

—Marcos —dice con una voz apenas audible, carente de vida—. Ha sido horrible.

Entonces sus lágrimas vuelven a salir en tropel, se derraman vaciando un corazón que ahora mismo está roto.

—Lo sé, mi amor. Pero ya estás a salvo. Estoy aquí contigo.

No lo sabe.

Imposible.

Nunca podrá saberlo de verdad.



Hospital

La suben a la ambulancia, como si fuera un ser sin voluntad. Se deja llevar por unos y otros. La manejan como si fuera una triste marioneta desmadejada. De pronto, se encuentra en el interior de ese vehículo que vuela hacia el hospital. Mira todo lo que hay a su alrededor, con el susto metido en el cuerpo, porque ahora viene el miedo a lo desconocido.

Ahí empieza otra parte de su calvario personal. Da igual que los médicos tengan muy buena voluntad y se muestren comprensivos, delicados y sensatos, porque por mucho que quieran ayudarla, la someten a un examen exhaustivo que solo le hará sentir peor, buscando en cada recoveco de su piel algo que le pertenezca a él.

—Es su trabajo —comenta Marcos, al leer la expresión de indefensión que se ha dibujado en el rostro de su chica. Acaban de explicarle el modo de proceder a continuación y él no podrá estar a su lado—. Imagino que no debe ser agradable pero, antes de que te des cuenta, habrá acabado.

Le acaricia el pelo, a pesar de que le han recomendado —mejor dicho, ordenado— que no la toque para no contaminar los posibles indicios que se hayan quedado atrapados sobre ella. La enfermera le ofrece una mirada de reproche. Pero él hace caso omiso. Conoce a Abril y sabe que lo que ella necesita ahora es sentirse arropada.

Entonces le piden que salga de la habitación. Tienen que comenzar cuanto antes.

—Volveré enseguida, ¿de acuerdo? Eres muy valiente, Abril. No lo olvides.

Pero lo olvida, o mejor dicho, no lo recuerda, porque tiene la impresión de que ha perdido el control de su vida, de su cuerpo, de su mente, de todo lo que antes poseía. No tiene voz, ni voto, ni poder de decisión. Solo quiere ducharse y sentirse limpia otra vez. Tirar a la basura el vestido, los zapatos y la ropa interior. Mejor aún, quemarlos hasta reducirlos a cenizas. No quiere volver a verlos. No quiere guardar ningún vestigio de su existencia.

Le van pidiendo que haga distintas cosas. La desnudan. La preguntan hasta dónde ha llegado. Dónde la ha tocado. ¿Te ha golpeado en alguna parte? Le miran el tobillo. Lo tiene inflamado, pero apenas es consciente de que le duele. Examinan cada milímetro. Toman muestras. Le hacen un frotis. Otro más. Y así en una cadena infinita de pruebas que le hacen sentir como si fuera un objeto bajo el microscopio.

—Has tenido suerte de que no te haya violado —le dice alguien con buena intención, pero con poca fortuna.

Una lágrima de rabia cae ahora de sus ojos. ¿Suerte? Puede ser. Puede que incluso tenga razón. Podría haber sido peor. Podría estar muerta. Pero nada de eso es sinónimo de tener suerte.



El día después

No quiere abrir los ojos.

No quiere sentir.

No quiere volver a un presente que no le pertenece.

No quiere reconocer que esta nueva realidad es real.

No quiere estar dentro de su piel.

No quiere recordar.

No quiere llorar. No más.

Está exhausta. Agotada. Abotargada. Entumecida. Desconectada.

Lo que anhela es regresar al pasado, al momento justo en el que decidió adentrarse en ese pasaje que ha destruido su vida. Desea con todas sus fuerzas poder cambiar las decisiones erróneas que la condujeron a este camino que jamás habría elegido.

Es imposible. Ya lo sabe. No hay marcha atrás en el reloj. Ni en el calendario. Una vez que la aguja avanza o que la hoja cae, es imposible que vuelvan al punto de partida.

Tampoco hay para ella una huida hacia delante. No todavía. Solo le queda estar atrapada en este tiempo muerto en el que se ha convertido su vida. Un paréntesis en medio de la nada en el que puede atascarse para siempre si no hace algo para remediarlo.

Pero ahora, simplemente, nada es lo único que puede hacer. Solo le quedan fuerzas para lamerse las heridas, autocompadecerse y sentirse desgraciada. Tiene derecho a hacerlo. A acurrucarse bajo la manta en el sofá, a pasarse el día en pijama sin salir, a abrazarse sin consuelo, a llorar hasta que no le queden más lágrimas, a gritar si es lo que le pide el cuerpo..

No tiene que aparentar ser fuerte, ni valiente, ni contentar a nadie escondiendo su tristeza.

No tiene por qué hacer nada que no quiera.

Ni avanzar.

Ni retroceder para reencontrarse con quien un día fue.

Ni tomar decisión alguna.

Está incapacitada para ello. Solo desea poder quedarse bajo las sábanas de modo indefinido. Dejar que transcurra el tiempo y la traslade a un momento futuro en el que todo haya quedado atrás y haya podido reanudar su vida.

Siente que la tristeza es demasiado grande, que la paraliza, que cae sobre ella como una pesada carga que no va a poder sobrellevar. Esto es demasiado para ella. Es demasiado frágil para recuperarse de un suceso tan demoledor que le ha robado hasta la dignidad como persona y como mujer.

Por si eso fuera poco, también está el miedo, puesto que en cuanto cierra los ojos, su mente se traslada a ese lugar de pesadilla, a esos pocos minutos que han arrollado toda una vida. Vuelve a experimentar lo sucedido de forma vívida, tanto que vuelve a aparecerse ante ella de manera absolutamente real.

¿Algún día cesará? ¿Podrá recuperar una vida mínimamente normal?

Todavía es pronto para saberlo.



Preocupación

Marcos se ha quedado con ella. Lucía, su mejor amiga, se turna con él, para estar a su lado cuando él trabaja. Sus padres le han dicho que regrese a casa, pero se niega a hacerlo. Su madre le ha propuesto irse a vivir con ella, pero lo ha rechazado frontalmente. Solo sería otra forma de sentirse indefensa, de volver a saberse una niña que necesita de los adultos porque no es capaz de hacer nada por sí misma.

Todos los que la quieren están preocupados. Es lógico. Está muy reciente. Pero de momento no da muestras de querer salir del letargo. Ha pasado ya una semana. Los de la empresa que la había contratado inicialmente se mostraron comprensivos, pero ya empiezan a dar síntomas de impaciencia. Al fin y al cabo, estaba a prueba. No pueden esperar eternamente a que decida volver a la vida.

Luego está el otro tema. El de la comida. Apenas se lleva nada a la boca. Se nota que ha perdido peso y solo han transcurrido unos días. Si sigue así, caerá enferma y tendrán que ingresarla.

Casi no habla, se encierra en sí misma. Marcos intenta ponerse en su lugar, a pesar de que sabe que no puede y nunca podrá. Primero, porque no es mujer y nadie ha abusado de él. Segundo, porque su carácter se lo impediría. Él es un luchador empedernido. Seguramente un suceso de ese calibre le envalentonaría y le llenaría de una rabia que le haría salir al mundo a demostrar quien es y que nada ni nadie puede con él. No es que sea menos sensible, sino que está curtido en mil batallas, porque de niño ya tuvo que enfrentarse a lo suyo.

No juzga a Abril. Comprende que son de dos formas diferentes de ser. Pero siente rabia por ella, porque se rinda, porque le otorgue a ese ser despreciable que la atacó una victoria que no se ha ganado.

—No sé cómo ayudarla —le dice un día de estos a Lucía, cuando regresa a su casa después del trabajo. Ha llevado gran parte de su ropa al piso de Abril. Eso hace las cosas más fáciles. Sin embargo, es un paso precipitado para una relación que estaba en sus albores. Se conocían de la universidad, pero no habían intimado hasta hacía poco.

—Está muy mal —le confirma ella—. Yo tampoco sé qué hacer. Se pasa el día sentada en el sofá mirando a la nada.

—Creo que sería importante que la convenciéramos para pedir ayuda. Creo que un psicólogo le vendría bien. Incluso un psiquiatra. Puede que necesite medicación.

—Sí, yo también lo pienso. Pero ahora mismo no se deja ayudar. Insiste en que solo quiere que la dejemos en paz.

—Supongo que todavía necesita tiempo —se rinde Marcos.

—Tal vez. Volveremos a intentarlo un poco más adelante.

Después de eso, Lucía se va.

Se gira y ve a Abril en el salón.

Es solo una sombra de lo que fue.



Los sonidos del silencio

En las noches, permanece despierta. La oscuridad se torna amenaza, con sus silencios, con sus ruidos estruendosos. Cada vez que cierra los ojos para intentar conciliar el sueño, siente que vuelve a ese pasadizo que le costó la vida que conocía, porque aunque ahora salga el sol por las mañanas como hacía antes, ya no la ilumina con su luz.

Abril ya no es una primavera con flores de colores, días luminosos y tardes alegres. Abril ahora es un noviembre triste y apagado de días cada vez más cortos y más grises. Sus risas ya no se oyen por los pasillos, ni en la calle, ni cuando habla con sus amigas. No tiene fuerzas ni ganas de reír, pero tampoco quiere llorar, porque cada lágrima que derrama le recuerda su indefensión. Ya no encuentra el equilibrio porque un suceso concreto, ese suceso en particular, parece haberlo desestabilizado todo.

En la penumbra, escucha el segundero del reloj golpeando con furia cuando avanza. Oye también las grietas de la casa que crujen y se lamentan. No puede evitar percibir el agua en las cañerías, la cual parece correr furiosa por la bajante del edificio.

Y en las noches de viento, el miedo se amplifica con el ruido del aire batiendo y agitando todo lo que encuentra a su paso, trayendo una amenaza implícita con él, recordando que, cuando él quiera, doblará la voluntad de los humanos y tirará abajo hasta sus recuerdos, al igual que un hombre cualquiera dobló la suya.

Se da cuenta de que en medio del silencio nocturno, es capaz de escuchar hasta el más mínimo sonido y cada uno de ellos trae consigo una amenaza. ¿Cómo dormir así? ¿Cómo conciliar el sueño cuando el vacío está lleno de ecos amenazadores?

Odia el silencio.

Odia los ruidos que vienen con él.

Odia sus sonidos espectrales.

Lo odia porque en su oquedad vuelve a sentir y escuchar nítidamente la voz rasposa de su atacante hiriéndole el alma, el roce que provoca su barba al contacto con su rostro, sus manos ásperas recorriendo su cuerpo y arañando su piel. Lo siente y lo escucha, porque el silencio de aquel callejón permitió que sus oídos captaran todos esos sonidos que nunca será capaz de olvidar.

A veces, piensa en lo que pudo haber pasado y no sucedió, hasta donde podría haber llegado aquel animal, pero ni mucho menos le sirve de consuelo. Al contrario, su cuerpo tiembla al hacerse consciente de que estaba a su merced, al darse cuenta de que no habría parado si no llegan a aparecer los policías, de esa forma tan azarosa y oportuna.

Quizá incluso la hubiera matado.

Ese pensamiento se queda flotando con una gravedad nueva, más consciente, más real.

Podría estar muerta.

No está segura de que eso fuera lo peor.

Intenta convencerse de que tuvo suerte, como le repiten unos y otros. Y puede que tengan razón, en cierta medida. Pero a ella no se lo parece porque entre los miles de personas que habitan esa ciudad la eligió a ella. No son capaces de entenderla, de ponerse en su lugar. Sabe

que lo intentan, que la quieren, pero es imposible que vean lo ocurrido a través de sus ojos.

«Podría haber sido peor».

Sí, tal vez podría, pero ya es suficientemente malo lo que le ha ocurrido. No comprende porque el resto tratan de minimizarlo. Hace que se sienta egoísta por experimentar esa angustia vital que la mantiene encerrada entre cuatro paredes y que le ha cortado sus ganas de volar.

«Estás viva, eso es lo importante».

Respira y su corazón late, pero ni mucho menos se siente viva. No se ve capaz de volver a salir a la calle. Solo imaginarlo, la invade un miedo paralizante. Solo entre esas cuatro paredes se siente a salvo, lejos de cualquier peligro, del acecho del mal.

No sabe si podrá vivir con eso.

En realidad, ya no sabe cómo vivir.



Decisiones

Los días transcurren en medio de una lenta agonía que parece no terminar. No se siente mejor. Puede que parezca que sigue viva, pero la realidad es que se siente muerta por dentro. Las cosas nos son fáciles para ninguno en ese momento. Las personas de su entorno comprenden que cada cual tiene sus tiempos de reacción, pero también temen que Abril se haya quedado atascada en ese *impasse* para siempre.

Marcos intenta ser comprensivo, prestarle su apoyo y demostrarle su amor. El problema está en que la suya era una relación tierna, recién estrenada, que todavía no había llegado a asentarse lo suficiente. Se encontraban en esa fase de conocimiento, en la etapa de adentrarse el uno en el otro, descubriéndose, asombrándose por los brillos que todos tenemos y asumiendo también las sombras.

La situación en la que se encuentran en ese preciso instante exige demasiado a esa relación que todavía no había fijado sus pilares. Marcos se da cuenta de que no consigue ningún tipo de reacción en Abril, que cada día que pasa es igual al anterior, sin cambios, ni evoluciones en ningún sentido. Siente que es una mala persona por no querer estar ahí, por preferir ver a sus amigos y seguir adelante con una vida que se le presentaba plena de ilusiones y proyectos.

Aun así, todavía resiste.

Por otra parte, todo se ha acelerado. Abril no quiere salir de su piso y, debido a ello, Marcos prácticamente se ha instalado en él, renunciando a una independencia que tanto necesita. Han iniciado una convivencia a destiempo, porque lo que había entre ellos todavía no estaba maduro como para dar ese salto tan grande en el que dejas de ser uno solo para convertirte en un todo formado por dos.

—Abril, no podemos seguir así. Necesito que te esfuerces un poco —le dice un día, ya cansado de su falta de reacción.

—¿Que me esfuerce un poco? —le pregunta dolida—. Tú no tienes ni la menor idea de lo que estoy pasando.

—No, Abril, puede que no le sepa, puede que no sea capaz de ponerme totalmente en tu lugar, pero sí creo que tengo alguna idea. Recuerda que no me he separado de ti desde lo sucedido.

—¿Quieres que te de las gracias? ¿Es eso?

—No, por supuesto que no y lo sabes. Pero sí quiero que me des algo a cambio. No puedo seguir viviendo así, en un paréntesis indefinido en el que no atisbo en ti ni el menor indicio que apunte a cambiar las cosas. Creo que te has acomodado en el lamento y la autocompasión. Va siendo hora de empezar a dejar esto atrás.

Ella le mira dolida, incapaz de comprender que, en realidad, sus palabras no encierran mala intención, sino todo lo contrario. No es capaz de ver más allá de su dolor, puesto que este la ha enterrado en un agujero muy profundo desde el que todavía no puede percibir la luz.

—Si lo que quieres es irte, puedes hacerlo cuando quieras —dice finalmente.



Decepción

No quiere irse. O tal vez sí, en algunos momentos, pero no ha pensado hacerlo realmente. Por eso le decepciona tanto el comentario y la desconfianza que va implícita. Ha hecho todo lo que se esperaba de él. ¿Qué más quiere? Solo le ha pedido que ponga un poco más de su parte y trate de recuperarse.

—No me creo que acabes de decir eso, Abril —le dice decepcionado—. Creo que he sido suficientemente paciente. Te he dado tiempo y espacio, me he trasladado a vivir aquí contigo para que no te sientas sola y, sobre todo, para que te sientas segura. Me he encargado absolutamente de todo desde que me he instalado en tu piso, a pesar de que no hace ni dos meses que estamos juntos. Has renunciado a tu trabajo porque te niegas a salir de casa y también te he apoyado. Todos los días me encargo de hacer la compra, preparar la comida y lo que haga falta. Parece que no ves que a mí esto también me ha robado la vida.

—¿Acaso piensas que esto es lo que yo quería? ¿Crees que buscaba que me agrediesen sexualmente y me robaran todos mis sueños de un plumazo?

—Por supuesto que no. Pero cada día que te dejas vencer, le estás proporcionando una victoria.

—Dijo que volvería a por mí. Que no se olvidaría de mi cara —confiesa ahora entre lágrimas—. ¿Cómo quieres que salga mientras él esté por ahí?

—Le pillarán y le encerrarán.

—O no. No lo sabemos, Marcos. Y si no lo hacen, si no lo detienen, yo seguiré estando en peligro.

—No sabe dónde vives, ni dónde trabajas. Ni siquiera se llevó tu cartera. Lo dijo para atemorizarte, nada más. No puedes darle todo ese poder.

—Lo siento, pero no me siento capaz de hacer nada.

Marcos la mira casi vencido, hasta que se le ocurre un abordaje diferente. Tal vez se lo juegue todo a una carta. No importa lo que le dijera unos minutos antes. No cree que quiera que se vaya. No ha aceptado que nadie más se quede con ella salvo él.

—No me dejas otra alternativa, Abril.

Ella le mira sin comprender. ¿Tal vez si está pensando en abandonarla? Si lo hace, no se imagina qué puede ser de ella a partir de ese momento.



La alternativa

Por unos segundos, la tensión inunda el ambiente y lo emborrona todo. Los ojos de Abril tiemblan por la incertidumbre y por adivinar que lo que le va a decir Marcos va a ser la última puñalada que la hunda para siempre en la miseria.

—¿Qué alternativa? —pregunta indecisa.

—Me quedo contigo si buscas ayuda.

Los ojos de Abril se abren de par en par. Ayuda. La necesita, esa es la verdad. Pero ni siquiera se atreve a dar ese paso.

—¿Qué quieres decir con buscar ayuda?

—Me refiero a terapia. He buscado información y he dado con alguien que creo que te podría sacar de esto. He leído muy buenas referencias sobre ella. Está especializada en atender a mujeres que han sufrido algún tipo de maltrato o que, como tú, han sufrido un episodio de, bueno, ya sabes...

—De agresión sexual —completa ella.

Parece increíble que en dos ocasiones en tan poco espacio de tiempo, ella haya sido capaz de pronunciar en alto esas dos terribles palabras, mientras Marcos da un rodeo intentando evitarlas.

—He sufrido una agresión sexual, Marcos.

—Lo sé, cariño. Y no te imaginas lo que daría por poder haberlo evitado, por haber estado ahí, por impedir que nada te haga daño. Aquel día solo quería que celebrásemos las buenas noticias, tu incorporación a ese trabajo que tanta ilusión te hacía...

—Tú no tienes la culpa de lo que me sucedió —le dice, intuyendo que, aunque no se había dado cuenta hasta ese momento, Marcos se siente un poco responsable.

Y es verdad. Nadie puede evitar lo que está por venir, los imprevistos se llaman así porque no es posible prevenirlos. Si pudiéramos elegir, todos escogeríamos la opción de obviarle todos los sufrimientos posibles a las personas que queremos.

Marcos agacha la cabeza.

—Fui yo quien se empeñó en salir a cenar.

—Y yo acepté encantada porque quería celebrarlo contigo. Me apetecía mucho ir.

—Si te hubiera pasado a recoger, como quería hacer...

—No lo digas —le interrumpe—. No podías saberlo. Sé que habrías hecho todo lo que estuviera en tu mano para que yo no pasase por eso.

Se quedan mirándose. El silencio revela sonidos amigables esta vez, como el de esos dos corazones que se esfuerzan en latir al unísono, como el del pestañeo lento y cadencioso de los párpados que insinúa que tienes toda mi atención, que quiero que mires en el fondo de mis ojos para que veas que puedes confiar en mí.

—Lo haré —se compromete Abril finalmente—. Pero necesitaré que estés a mi lado.

Él la abraza con todo el cariño que contiene su cuerpo y se lo transmite con el cálido contacto de su piel.

—Por supuesto. Estaré ahí siempre que me necesites.



RECONSTRUIR

Principio

Han conseguido que la terapeuta les haga un hueco. No ha sido fácil, tampoco inmediato. Cooperan con tantas asociaciones y organizaciones, que apenas dispone de tiempo para su consulta privada.

El problema viene cuando Marcos le dice a Abril que tienen que ir a su consulta. Les recibirá en un par de días a las cinco de la tarde. Ella se pone rígida. Lleva ya más de un mes sin salir de su apartamento. Posiblemente, esté sufriendo agorafobia.

—No puedo salir de aquí, Marcos. No puedo salir a la calle. Es imposible. Tendrás que cancelarlo.

—No, ni mucho menos. Encontraremos el modo de hacerlo, pero no vamos a perder esta oportunidad. Se acabó el tiempo de descanso. Es hora de ponerse en marcha.

—No puedo, no puedo —insiste ella, agitando la cabeza de un lado a otro. Su respiración cada vez se hace más superficial. Marcos teme que pueda desmayarse si sigue en esa misma línea.

—Respira más despacio, Abril, por favor —le dice asustado.

Pero ya no le escucha. Se abraza a sí misma y se hace un ovillo en el suelo. Sigue respirando rápido y nota que empieza a marearse.

Entonces, él decide tumbarse junto a ella y abrazarla. No es médico ni enfermero, pero está casi seguro de que está sufriendo una crisis de ansiedad.

—Amor mío, por favor, respira conmigo.

Inspira y expira despacio, a ver si ella comienza a imitarle, pero no funciona. Entonces decide ponerse frente a ella. Le coge su mano y se la pone en el pecho, para que sienta como sube y baja de manera lenta y relajada. Si eso tampoco funciona, no le quedará más remedio que llamar a emergencias.

Decide esperar un poco más de tiempo.

No quiere apresurarse.

—Mírame a los ojos, Abril. No dejes de hacerlo —insiste, mientras continúa apretando su mano contra su pecho para que sienta su respiración.

Su mirada es la de un animal asustado. Él puede verlo con claridad. Está aterrorizada. Sin embargo, parece que no está todo perdido y que su estrategia empieza a funcionar.

Decide acompañarla de algo más.

Necesita distraerla.

Se propone volver a traerla al presente llevándosela de viaje al pasado, a los recuerdos felices.

—¿Te acuerdas el día que nos vimos por primera vez después de la universidad? Aquel día estabas preciosa. Llevabas unos vaqueros, una camiseta blanca, una americana y unas zapatillas. Tu pelo se mecía con el viento y tú intentabas con gracia esconderlo detrás de tus pequeñas orejas. Ahí noté que mi corazón latía muy rápido. No como ahora, que está tranquilo y calmado porque te tengo a mi lado. ¿Puedes notarlo? —le pregunta para comprobar si ha salido de su estado de abstracción.

Ella asiente levemente con la cabeza.

No solo lo nota, lo escucha a la perfección.

—Muy bien. Me alegro. Eso me hace feliz. Llevamos poco tiempo juntos, Abril, pero hemos disfrutado de momentos increíbles juntos. ¿Quieres que te lo cuente? ¿Quieres saber cuántas cosas bonitas nos han pasado juntos?

Y entonces empieza a relatarle todos los recuerdos llenos de amor que colman su memoria.



Abordaje

En unos minutos, el ritmo de su respiración se ha ralentizado. Ha costado. Algunas lágrimas impregnadas de nostalgia se han escapado por la comisura de sus ojos. ¡Qué bonito y qué fácil sería todo si simplemente fuera posible regresar a los momentos felices!

—No todo está perdido, Abril. Recuperaremos lo que teníamos, ya lo verás. Solo hace falta tiempo —afirma Marcos, casi leyendo su pensamiento.

Su corazón se inunda de una pena infinita. Su pequeña y preciosa Abril, tan alegre y risueña. Le han arrebatado su magia de un plumazo. Pero Marcos no se va a rendir. Todavía quiere pensar que algo de su amada continúa habitando en su interior, esperando la oportunidad de poder salir. Ahí estará él para sacarlo a la superficie.

Ella no puede contestar, porque el llanto le impide pronunciar una sola palabra. Está ahogada en esa angustia que ha colonizado cada milímetro de su ser. Ya no es dueña ni de su cuerpo, ni de su mente, ni siquiera de su existencia. No se ve con herramientas que la ayuden a terminar con esa desolación tan grande que le roba cada día una pieza más de su alma.

¿Cómo es posible que un instante cambie toda una vida?

¿Cómo puede tan solo una chispa iniciar un fuego y arrasar con lo que encuentra a su paso?

Marcos sabe que es hora de buscar un nuevo abordaje. Es evidente que no está preparada para salir a la calle. No en esas condiciones. Solo sugerírselo le ha provocado una ataque de ansiedad.

Cuando al día siguiente salga de casa para acudir al trabajo, se acercará hasta el lugar en el que tiene la consulta la terapeuta a la que ha pedido la cita. Si no la localiza allí, recorrerá la ciudad entera si es necesario, irá adonde haga falta para exponerle la situación y buscar opciones alternativas. Quiere decírselo en persona, para que pueda ver la desesperación que hay en sus ojos.

No puede perder esa sesión y esperar que tenga otro hueco disponible. No se puede dar el lujo de dejar pasar un día más, esperando que mejore, que el tiempo le sirva de cura, que el olvido paulatinamente se vaya abriendo paso, que el miedo empiece a diluirse.

No puede ver como, día tras día, Abril se marchita.

Comprende que es difícil que puedan tener la consulta en su casa. Eso requeriría de un tiempo adicional del que no disponen. No debe olvidar que su agenda está llena.

Sin embargo, siempre puede atenderla a través de una video consulta. Conoce casos que tratan así con sus pacientes. Confía en que esa alternativa, como mínimo, esté disponible.

Siente su propia desesperación.

La inquietud por no poder lograrlo.

Lo único que anhela es iniciar el camino de regreso.



Opciones

Ha sido mucho más fácil de lo que se había imaginado. Tendemos a anticipar el resultado antes de que se produzca. Con frecuencia, nos ponemos en lo peor, como si esa fuera una estrategia que nos va a defender de la decepción. Pero no es así, sino todo lo contrario. Lo único que conseguimos es decepcionarnos dos veces, sufrir por duplicado, doblar el desengaño cuando este se produce. Y si no llega y lo que hay al final son las buenas noticias, ya hemos desperdiciado un tiempo valioso anticipando y sufriendo por un dolor que no iba a tener lugar.

Mariví Losada ama su profesión. Dedicar un sinnúmero de horas a la semana a ayudar a personas que pasan por un momento difícil, aunque se vuelca en especial con las mujeres. Ella misma sufrió un episodio duro en su adolescencia y no olvidará a las personas que la ayudaron en aquellos horribles momentos. Nunca imaginó que dedicarse a aquello sería también terapéutico para ella. Incluso le ha supuesto un empoderamiento y una reafirmación de sus cualidades. Ahora se siente una mujer fuerte y muy capaz de enfrentarse a cualquier tipo de eventualidad que aparezca en su vida.

Ha leído con total claridad la desesperación en los ojos de aquel joven. Se nota que quiere a su chica. Se ve con claridad que el suyo es un amor del bueno. Eso le ha tocado el corazón en lo más hondo. Esa forma de querer pura, esa preocupación genuina. Necesita ejemplos de hombres buenos para poder ella misma volver a creer en el amor.

—Marcos, no te preocupes. Buscaré una solución.

—Una sesión online no supondría ningún cambio en tu agenda —la tutea, puesto que ella ya le ha permitido esa licencia.

—Claro. Los medios técnicos los tenemos, pero a mí me faltaría la calidez humana. Yo necesito algo más que mirar a los ojos de mis pacientes a través de una pantalla. Yo necesito que sientan mi cercanía para poder conectar con ellos a un nivel que está por encima de una explicación científica al uso. Ayudaré a Abril. Os ayudaré a los dos.

Marcos asiente con la cabeza. Se le ha formado un nudo en la garganta que no sabe cómo desenredar. En casa no se permite el lujo de llorar. Cree que así no ayuda a su chica. Quiere que le vea fuerte, para que se convenza de que él puede con todo, igual que una roca resiste la embestida de las olas.

—Marcos, puedes llorar si así te sientes mejor. Puedes desahogarte aquí conmigo.

Y esas palabras rompen el dique, porque llevan ya tanto tiempo metidos en esa tempestad que casi ha olvidado cómo eran los días de sol.

—Es tan duro verla así —dice, por fin, entre sollozos. Se nota que el sufrimiento le aprieta fuerte.

Y le sienta bien soltarlo en voz alta, comunicárselo a otro ser humano, compartirlo, sacarlo de dentro.

Mariví le abraza. Sabe que son solo un par de desconocidos, pero también es conocedora del poder de los abrazos, de la magia que tiene el contacto de la piel.

—Déjame tu teléfono. A lo largo del día te llamo y te cuento la solución que haya encontrado. No os voy a dejar en la estacada —concluye Mariví.

Marcos se lo agradece.

Se encamina a su trabajo más ligero que en días anteriores porque hoy, por primera vez en mucho tiempo, siente que ha empezado a quitarse un peso de encima. Tal vez sea la esperanza que se renueva, la posibilidad de encontrar al fin una salida.

Llevará tiempo, es consciente de ello. Pero todo camino se inicia con un solo paso y, ahora sí, siente que han dado el primero.



Miedos

Le llama antes de lo que imaginaba. Esa misma tarde irá a ver a Abril. Necesita que le envíe la ubicación exacta. Marcos ni se cree que tengan tanta suerte. Necesita ver algún tipo de reacción, algún cambio en la vida apagada que llevan.

—¿Pero cómo...? —empieza a preguntarle, intentando entender cómo ha podido hacerles un hueco tan rápido.

—No te preocupes por eso. Una vez escuché que siempre nos quejamos de que nos falta tiempo, de que no nos llega para hacer lo que queremos y debemos. Sin embargo, cuando llega una emergencia, enseguida despejamos la agenda para darle la atención necesaria. Digamos que tengo la sensación de que Abril es esa urgencia que precisa atención inmediata.

Le manda la ubicación, tal y como le ha solicitado y espera que las horas transcurran rápido para llegar a casa y contárselo a Abril.

—¡Nena, nena! —grita nada más entrar—. ¿Dónde estás?

En el piso hay un silencio anómalo. Abril no responde y Marcos se quiere morir, porque por su cabeza pasan las ideas más horribles que nuestra mente puede dibujar. No puede creerlas, no quiere hacerlo, pero tampoco puede evitarlo.

Entonces, las palabras de Mariví Losada acuden a su memoria y lo impregnan todo de un tono de amargo presagio.

«Abril es esa urgencia que precisa atención inmediata».

—¡Abril, Abril! ¿Dónde estás? —grita asustado, casi fuera de sí.

Recorre con la mirada el pasillo que se presenta delante de él de forma tenebrosa, con sus habitaciones a un lado y a otro, con un enigma dentro de cada una de ellas, como si estuviera a punto de descubrir la solución a la paradoja del gato de Shrödinger.

¿Estará dentro de alguna tendida, sin vida?

«No, no, no, no, no».

Se niega a creer que justo ahora que empezaban a acercarse a una posible salida, Abril haya encontrado una alternativa que no es tal, porque es una rendición sin darle la oportunidad a la vida de ofrecerle una segunda oportunidad.

Se siente paralizado por unos segundos. Tiene tanto miedo a lo que puede encontrarse que incluso se plantea salir corriendo de allí, como si de esa manera hiciera desaparecer esa posibilidad que no quiere contemplar bajo ninguna circunstancia.

—No puede estar pasándome esto a mí —dice en voz alta, repitiendo casi palabra por palabra lo mismo que pensó Abril unas semanas atrás, cuando aquel desalmado decidió robarle hasta su dignidad en un callejón oscuro.



Incertidumbre

No puede seguir en una pausa indefinida. Debe adoptar una determinación. No hacer es la peor acción que puede realizar en ese instante, porque le ancla a la inquietud y el terror que se derivan de la incertidumbre, a un purgatorio de decisiones perdidas y oportunidades extinguidas.

Avanza o retrocede.

Se adentra o se va.

Acepta lo que está por venir o lo niega sin más.

En realidad, esas parálisis que ha provocado el miedo han durado solo unos segundos, porque hay un momento en que el instinto de supervivencia ha tomado el control y no le ha permitido pensar.

Se lanza a una búsqueda apresurada, habitación por habitación, gritando al aire su nombre, buscando una respuesta a la pregunta más difícil que se ha hecho jamás: ¿ha decidido Abril acabar con su vida?

Los sonidos del silencio que detecta dentro del piso le estremecen de pies a cabeza, porque transmiten la quietud de la muerte, porque hablan un idioma universal asociado a la tristeza.

Sus pasos resuenan en el suelo, como estruendosos golpes que azotan un alma frágil que se prepara para afrontar una realidad que puede que no sea nunca capaz de olvidar.

—¡Abril, Abril! —grita incesantemente.

Y entonces sucede algo inesperado. Cuando se acerca al dormitorio del fondo, el que está más lejos de la entrada, la puerta entreabierta le invita a entrar. Está seguro de que se encuentra allí, pero lo que no imaginaba es lo que se va a encontrar.

Abril se halla en el balcón. Está de pie. Por un segundo, teme que esté pensando en saltar. Sin embargo, su posición parece demasiado relajada. Transmite cierta paz. No está encogida sobre sí misma. Está erguida. Da la impresión de que intenta reconquistar una parte de la seguridad perdida.

—Abril, amor mío, te estaba llamando —le dice, no a modo de reproche, sino solo constatando su preocupación.

Ella no responde. No parece escuchar. Entonces Marcos recuerda que los auriculares que lleva son de cancelación de ruido, así que es posible que no haya escuchado nada de lo que acaba de pasar.

No quiere asustarla.

Debe moverse con sigilo, sin movimientos bruscos.

Se coloca a su lado.

Ella se gira despacio.

Ha notado su presencia, su cercanía, su calor.

Le mira.

Se pierden durante unos segundos en los ojos del otro.

Se reencuentran.

Marcos retira uno de sus auriculares, con suavidad, despacio. Han pasado por tanto en tan poco tiempo. Recuerda las noches en las que Abril se despertaba gritando. Rememora los miedos

de los dos. Su alma suspira en silencio. Una relación nunca debería empezar con tanto dolor. Es como empezar la casa por el tejado. Es de esperar que se caiga. Sin embargo, en este caso en concreto, las circunstancias les han unido más de lo esperado.

—No te he visto al entrar en casa y me he asustado —le confiesa Marcos.

—Quería tomar un poco el aire. Necesitaba sentir el calor del sol. Es un día de primavera tan bonito —dice con tranquilidad.

Tiene razón. Es el primer día de mes. La luz inunda cada rincón. El cielo luce un azul de gala que invita a pasear. En el aire se respira el aroma de flores recién estrenadas. Cualquiera diría que, precisamente hoy, se ha decidido a que no le roben su propio mes de abril.

Marcos piensa que es la primera vez que se asoma al balcón desde el suceso. Le parece un paso de gigante. No obstante, sobrevuela en su mente una idea que teme: ¿habrá pensado en algún momento en saltar? Espera que no. Confía en que ni remotamente. La ve más tranquila. Su rostro es más sosegado, ya no parece crispado por el miedo o la angustia. Y todavía no le ha contado lo mejor. La psicóloga irá esa misma tarde a visitarla.

—¿Y los auriculares? —le pregunta con genuino interés, no con ánimo de juzgarla.

—Ya sabes que tienen cancelación de ruido. No quería escuchar los sonidos de la calle, pero tampoco soportaba el silencio, así que me he puesto un poco de música. Supongo que por eso no te he oído entrar.

No sabe si atreverse a hacer lo que piensa. Retirarle los dos auriculares, probar a exponerla al ruido ambiental de la ciudad. Está a su lado. Puede que eso le transmita seguridad.

—¿Qué te parece si quitamos los dos? Estoy aquí a tu lado, Abril, no los necesitas.

Le mira. Piensa que sí, que los necesita, pero hoy, tras un momento de absoluta angustia que ha vivido horas antes, ha decidido que quiere intentar volver a vivir.

—Vale —dice por fin.

Marcos pone sus manos junto a sus orejas y se los retira. Hay un instante de pánico que se aprecia en los ojos de Abril. No duda en sostenerla y abrazarla, en declarar con un firme gesto de cariño que él es su punto de apoyo y que con eso basta para mover el mundo.



Pasos de un camino

Unos pocos minutos después, entran en casa. Abril ha dado un paso de gigante, el primero de muchos que están por venir, porque además lo ha hecho por iniciativa propia, ella sola y sin ningún tipo de ayuda. Marcos se siente muy orgulloso. Se ilusiona pensando que, al final, sí que puede que exista una senda y que Abril se haya adentrado por fin en ella iniciando de manera espontánea su recuperación.

Mariví Losada llega puntual a la cita. Marcos está nervioso. Es como si se jugara todo a una carta, a pesar de que entiende que los traumas no desaparecen sin más ni lo hacen de un día para otro, sino que requieren de mucho tiempo de cicatrización y, sobre todo, de trabajo terapéutico

—Hola, Abril. Soy Mariví.

—Hola —responde.

La psicóloga le ofrece su mano y se la estrecha de forma débil. Toda la información es importante y Mariví recoge en su mente la de estos primeros instantes en los que el lenguaje corporal habla con ese idioma universal que atraviesa fronteras.

Está ante una mujer asustada que ha perdido toda la confianza en sí misma, que se siente sin fuerzas y dependiente, alguien que ha olvidado que para llegar a un destino, primero hay que empezar a caminar.

—Quiero que estés tranquila, Abril, porque no vamos a hablar de lo que te sucedió. No hoy, ni mañana, tal vez nunca. Solo lo haremos si lo necesitas o si tú lo pides. Llegará un momento que puede que sea inevitable. Si le atrapan, te tocará revivir todo en el juicio. Y en ese momento estaré contigo para ayudarte a andar por esas brasas sin quemarte.

Mariví sigue recogiendo información. Abril se ha rodeado con los brazos, como si sintiera un escalofrío, pero en realidad, es una sensación térmica que nace de su interior y que la proyecta el miedo. Esta joven está muy tocada. Por lo que le ha contado su pareja, sufre de agorafobia, ataques de pánico y ansiedad. Lo más probable es que necesite atención psiquiátrica y medicación. Pero no se lo dirá de momento. Primero trabajará con ella, verá su evolución y valorará las alternativas.

De sobra conoce las cicatrices que provoca una agresión sexual. Son profundas, duraderas y dolorosas. Aniquilan la autoestima de la víctima y destrozan vidas enteras. Pero Abril cuenta con algo fundamental que le ayudará a sobreponerse. Tiene a su lado a un joven dispuesto a hacer lo posible por sacarla adelante. Sabe que también está detrás su familia y amigos de verdad, aunque ella no les permita involucrarse. Y todo eso es la mitad del tratamiento, es justo lo que hace que crezcan las probabilidades de éxito, de llegar a una recuperación completa.

—¿Estás de acuerdo?

—No quiero hablar de ello. No quiero pensar en ese momento nunca más. Solo quiero borrarlo de mi cabeza —dice con cara de angustia.

—Lo sé. Y por eso vamos a trabajar con tus miedos. Porque esos sí los necesito conocer. Quiero que me los presentes, que me hables de tus inseguridades, de lo que te angustia, de lo que te quita el sueño. Así podremos empezar a deshacer todos y cada uno de los enredos que hay dentro de ti y que te están asfixiando.

—De acuerdo.

—Pero no es lo único que necesito saber, Abril, porque también necesito viajar contigo al pasado y conocer como eras antes de esto. Debes mostrarme tus fortalezas para que nos sirvan de punto de apoyo. ¿Lo harás?

No lo sabe, porque ya no lo recuerda. Se le ha olvidado que era una chica resuelta, con muchas ganas de vivir, con una motivación inmensa por aprender cosas nuevas, una entusiasta de la música, alguien a quien le encantaba bailar y desmelenarse. Abril era divertida, alegre y con un sentido del humor contagioso. Solía mostrarse segura de sí misma y, aunque algo le produjese cierto respeto o miedo, se convencía de que podía con ello y se resolvía a enfrentarlo sin dudar.

—No lo sé. No creo que pueda.

Mariví la mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —pregunta la psicóloga.

—Porque ya lo he olvidado.

El silencio se llena de un significado triste, porque constata que están ante un alma doliente que transita por el bulevar de las personas rotas y heridas.

Ese silencio lo ocupa ahora el sonido de la voz de Marcos, que las ha dejado solas pero no se ha ido del todo. El silencio lo llena su determinación, su voz grave y firme que no alberga dudas, que no permite que se cuelen ni por el mínimo resquicio, porque él está sufriendo su propio calvario y necesita ponerle un punto y final.

—Claro que puedes. Y lo harás, porque yo te ayudaré. Yo seré tus recuerdos —dice entonces Marcos.

Abril le mira con los ojos humedecidos y con el corazón encharcado. Por primera vez en mucho tiempo se da cuenta de que, a pesar de todo, es una persona muy afortunada.

Quizá sea hora de empezar a fijarse en lo que sí tiene.

Quizá sea el momento de deshacer el camino para recorrer una nueva senda.



Resolución

Mariví ha abandonado el piso de esos dos jóvenes con una bella sensación. Da gusto conocer la versión más pura del amor y verla en primera persona. Le devuelve la confianza en la humanidad, en la capacidad que tienen las personas para ser una cura para los demás. Marcos podría haber tirado la toalla y no lo ha hecho. Está resuelto a seguir adelante y sacar a Abril del invierno que atraviesa. Al fin y al cabo, por lo que sabe, llevaban poco más de un mes saliendo cuando el agresor atropelló sus vidas, las revolvió y las dejó boca abajo y del revés.

Valora la información que ha recabado ese primer día. Se alegra de haber hecho el esfuerzo titánico de reorganizar su agenda. Esa chica está muy dañada. Tiene heridas con raíces profundas que han atacado cada parte de su personalidad y se han enredado dentro de su ser. Abril es un reto, un desafío y tiene la firme resolución de resolverlo sea como sea.

Tiene claro el abordaje que va a seguir. Por un lado, catalogará sus miedos, uno a uno, y los ponderará, es decir, les adjudicará una puntuación en una escala de valores para resolverlos poco a poco en función de su intensidad y posibilidad de rehabilitación.

Por otro lado, una vez recopilada esa información a través de un registro de autoinforme, tocará trabajar a través de la desensibilización sistemática con aproximaciones sucesivas a cada uno de esos aspectos que le provocan auténtico pavor.

Hay algo fundamental, algo que le ha resultado inesperado y esperanzador. Abril ha iniciado por sí misma su recuperación desde el mismo momento en que salió al balcón de su piso buscando un respiro que no tenía. Eso denota que, a pesar de que parece que ella no es consciente, en su interior hay una firme determinación para hacer resucitar a la persona que era y que, por el momento, continúa fuera de juego.

—¿Por qué te decidiste a salir? —le preguntó intrigada. No lo había hecho hasta aquel día. No había llevado a cabo ni el menor acercamiento.

—Por la angustia que experimentaba en aquel momento. Había tanto silencio en casa y, a la vez, tantos sonidos aterradores en él... Sentía que me faltaba la respiración. Escuchaba pasos en el pasillo que venían hacia mí. Oía respiraciones junto a mi oreja y susurros amenazantes en el aire que se colaba por las rendijas de las ventanas. Las puertas crujían y me hacían temer que alguien se escondía detrás. Era un goteo continuo de ruidos aterradores, un tintineo incesante de amenazas que se cernían sobre mí. Tenía que buscar una salida y... lo único que se me ocurrió fue encontrar algo que tapara todos esos sonidos y salir al exterior.

—¿Y te sirvió?

—Creo que sí.



Pesadilla

Fijaron un día de terapia a la semana. Mariví Losada intentó buscar la posibilidad de tener dos sesiones semanales, pero sus múltiples compromisos se lo impedían. Estaba volcada en ese caso, aunque sería injusto decirlo así, puesto que la realidad era que ella se vaciaba con cada uno de sus pacientes.

Tocaba abordar el tema de las pesadillas. Por Marcos sabía que estas habían sido recurrentes, en especial las primeras dos semanas. Tenía sus sospechas acerca del contenido de las mismas, puesto que el cerebro en su intento de sublimar el incidente que lo trastocó todo, habría reproducido y reconstruido en su inconsciente lo que aconteció aquella fatídica noche.

Sin embargo, no fue eso lo que Abril le contó.

—He soñado muchas veces con lo mismo. Es sumamente angustiante. Alguien me pone una máscara blanca en la cara. Algunos mechones de mi pelo caen por encima de ella. Es rígida y me roza la piel. Percibo con claridad los arañazos y como se abre la carne, haciendo que pequeñas gotas de sangre resbalen por mi cuello. No puedo gritar. Algo me lo impide. Siento tanto miedo en ese momento —afirma, con voz temblorosa.

—Puedo hacerme una idea —le dice la psicóloga, para que tenga tiempo de respirar.

Abril no ha parado de llorar desde que inició su relato. A pesar de ello, no se detiene. Está liberando, por fin, una parte de los fantasmas que habitan su interior y le impiden llevar una vida normal.

—Los agujeros que hay a la altura de los ojos son como dos pozos negros insondables —continúa explicando con la voz entrecortada—. Es algo extraño porque yo solo veo oscuridad y, de algún modo, también veo la imagen desde fuera, como si ya no fuera yo, como si hubiera abandonado mi cuerpo. Mis ojos se pierden en la penumbra y da la impresión de que los huecos están vacíos. Intento hablar, pero no puedo. Hay un silencio terrorífico que transmite una sensación de frío helador. Es un silencio que trae el mal con él, dentro de él, como si fuera una parte integrante. Entonces, siento que en mi garganta se está formando un grito y pienso que por fin podré desahogarme, pedir auxilio, y alguien vendrá a socorrerme. No obstante, algo me lo impide. Alguien pone su dedo a la altura de mi boca haciéndome callar. Y me quedo atascada ahí, en esa imagen fija y angustiosa.

Mariví piensa en todos los significados que encierra esa pesadilla.

El momento en el que es asaltada, silenciada y dominada.

Su incapacidad para reaccionar en aquel instante.

La anulación de su voluntad.

Cómo aquel hecho ha desdibujado su persona, reflejado en esa máscara sin rostro.

La herida simbolizada por la sangre.

La oscuridad en la que ha entrado su vida.



VIDA NUEVA

Regreso a la vida

Han pasado varios meses desde que comenzó la terapia. La mejoría es palpable, aunque sigue habiendo trabajo por hacer. La intensidad de sus distintos temores ha ido bajando progresivamente, lo que es sinónimo de una importante victoria.

Salir a la calle sigue siendo el mayor escollo. Sin embargo, ha empezado a atreverse a hacerlo acompañada por Marcos o por alguna amiga y transitando lugares cercanos a su edificio, siempre de día. Cada vez, le cuesta unos minutos de respiraciones hondas antes de abandonar la seguridad del portal, pero también cada día estos tiempos se van reduciendo.

Tras mucho esfuerzo y gracias también a los múltiples contactos que tiene Mariví Losada, ha logrado volver a la vida laboral en la modalidad de teletrabajo. No tiene mucho que ver con su profesión, pero sabe que no está en momento de exigir hasta que termine de recuperarse. Seguro que llegará el día en el que podrá dedicarse a aquello por lo que siente vocación. Pero si no lo logra, ha aprendido que ya no es tan importante, porque siempre hay motivos por los que sentirse agradecida.

Perdió su puesto en aquella empresa en la que empezó con tanta ilusión tantos meses atrás, ya más bien cerca de un año. Estaba a prueba y solo acudió un día. Causó buena impresión, pero no volvió jamás. Una empresa mira por su interés. No iban a pagarle un sueldo por un trabajo que no realizaba. Tampoco podían esperar eternamente su reincorporación. En parte lo comprende, pero no por ello la desilusión es menor. Había soñado con aquello y, sin apenas saborearlo, lo perdió. Tal vez esto también contribuyó a minar un poco más su ya de por sí castigada autoestima.

Ahora prefiere no pensar más en ello.

Tiene otras cosas de las que ocuparse.

Marcos sigue a su lado. Lo valora cada día. No se imagina qué habría sido de ella si no le hubiera tenido a él en esos momentos en los que se sentía incapaz de hacer nada por sí misma. Además, no permitía que nadie más se acercara a ella, no quería dejar entrar a sus padres ni a sus amigas, como si el hecho de necesitarlos le avergonzara. A pesar de todo, sabe que siguen ahí para cuando esté preparada.

Hoy se prepara para acudir a una sesión de terapia en grupo. Está nerviosa por varios motivos. El primero y fundamental es que se alejará por primera vez de su zona de confort, puesto que el lugar de encuentro se sitúa a varios kilómetros de donde reside. Acudirá en coche. Marcos la llevará y, al finalizar la sesión, irá a recogerla. De hecho, estará allí antes de que termine. Sin embargo, lo demás lo tendrá que hacer sin su ayuda.

El segundo motivo por el que se siente inquieta es porque tendrá que hablar de las razones que la han llevado hasta allí. Le pedirán que desnude su alma delante de varias desconocidas que, como ella, son supervivientes de un hecho traumático.

—No puedo hacerlo, Marcos. Esto es demasiado para mí.

—Claro que puedes, Abril. Puedes y lo harás. ¿Te das cuenta de todas las cosas que pensabas que no serías capaz de realizar y que has superado?

—Querrás decir hemos.

—¿Qué?

—Hemos, Marcos. Tú y yo, porque sola me habría sido imposible. No sé qué habría sido de mí si no te tengo. Intento focalizarme en eso para seguir adelante, en mi suerte por tenerte, en todo lo que te debo y que, antes o después, te pagaré.

—No me debes nada, Abril.

—Sí, sí que te lo debo. Te debo la vida que has perdido estando conmigo, las risas, las noches con tus amigos, la diversión. Y te prometo que te voy a devolver todo con creces, porque estoy decidida a curarme para demostrarte que podemos ser felices.

Marcos la mira enternecido. Las lágrimas se agolpan detrás de sus párpados, pidiendo escapar y liberar la emoción que contienen.

—Abril, ¿no te das cuenta? En realidad ya lo soy.



Detención

Abril está sorprendida por el bien que la terapia en grupo le ha hecho. Al principio, todo eran dudas y miedos. Tal vez pensaba que la iban a juzgar. No había caído en la cuenta de que aquellas mujeres también se habían roto por dentro y procuraban hilvanar las partes de su yo perdido. Se vio reflejada en las historias ajenas, tan duras como la suya, tan impactantes. Encontró consuelo en ojos comprensivos que llegaban a entender todos los significados, hasta los que no se relataban.

Un día, cuando ya no esperaban nada, cuando el pasado empezaba a ocupar su sitio, cada vez más atrás, dejando espacio para el futuro y el presente, Abril recibe una llamada de la policía que la deja paralizada. Le piden que acuda para hacer una posible identificación de su agresor.

Cuando cuelga el teléfono, este casi se le cae de las manos. Debería parecerle una buena noticia, la mejor de ellas, pero no es lo que siente. Tiene la impresión de que tendrá que revivir lo sucedido, volver a ese momento terrorífico, a la peor experiencia que ha vivido jamás.

Un dolor nuevo se abre paso, aprovechando las cicatrices a medio cerrar que ahora amenazan con no hacerlo nunca. Tiene la impresión de que va a caer en un precipicio y que esta vez no podrá salir de él.

—¿Qué pasa, Abril? ¿Quién era? —pregunta Marcos asustado al ver su expresión.

En unos segundos, pasan por su cabeza posibilidades horribles, cada cual peor. Un accidente de tráfico, una enfermedad grave de un ser querido, la muerte repentina de un conocido... Su mente ha entrado en modo tremendista y baraja las opciones de un catálogo de desgracias que nada tienen que ver con lo que Abril le está a punto de decir.

—Era la policía. Quieren que vaya a una rueda de identificación. Creen que han detenido a mi agresor —comenta con voz trémula y la mirada perdida.

Marcos no sabe qué decir. Es una buena noticia, ¿no? Está seguro de que es así, porque todavía no es consciente de lo que supone para ella. Lleva tanto tiempo deseando que le den caza a ese tipo, que no se ha detenido a pensar que para Abril es sinónimo de regresar a un terror aplastante.

—¿No estás contenta por ello? —le pregunta sin comprender.

Entonces observa como ella retrocede a su interior, a meses atrás en las que estaba reiniciando su recuperación. Se hace pequeña, se encoge y vuelve a parecer frágil y vulnerable.

—Abril, cariño, lo han detenido. Lo han sacado de las calles. Es lo que queríamos. Tiene que pagar por lo que te hizo —explica, intentando poner razones a algo que no las admite, porque lo que se siente no siempre se puede explicar con motivos racionales. Las emociones de Abril son ahora como pompas de jabón, como burbujas que con el mínimo roce pueden romperse, estallar.

—Lo sé —admite—. Pero no me siento capaz de tener que observarlo a través de un cristal. Además, no llegué a verle la cara. No creo que pueda servir de nada —se excusa, intentando escapar de esa situación que le parece tan desagradable.

Marcos la observa.

Ahora lo entiende.

No obstante, también debe hacerle comprender que esto también puede ayudarla a superarlo si

sabe que ella ha sido parte de la solución, que lo que haga o diga puede ser decisivo para que le metan entre rejas y deje de hacer daño a otras mujeres.

Entonces aborda otro enfoque que cree que puede empoderarla, pero que, en realidad, la retrotrae a un lugar lóbrego en el que habitan los monstruos, el suyo en particular.

—Imagino que eso lo tendrán en cuenta. No los sabremos hasta que vayamos a comisaría. Tal vez tengas que identificar su voz.

En ese instante, Abril se congela.

«No hables. Ni lo intentes. Si tratas de gritar, te mato».

En su mente lo escucha con absoluta nitidez, arrastrando con cada palabra una nueva dosis de terror que empieza a extenderse por su cuerpo.



En la comisaría

Marcos decide que lo mejor será llamara a Mariví Losada. Ella es la que ha guiado a Abril por su particular senda de recuperación. Tal vez en ese momento sepa comprenderla y conozca las palabras exactas que Abril necesita para sentirse segura de sí misma.

—Pásamela —le pide, en cuanto Marcos la pone al día de lo que acaba de suceder.

Abril coge el teléfono. Se lo acerca al oído. Siente que Mariví es mucho más que su terapeuta, es una amiga.

—Abril, tienes derecho a tener miedo y a sentirte insegura. Pero también tienes derecho a lo contrario, a sentirte valiente y poderosa porque eres una mujer que ha reconquistado una vida que parecía perdida en medio de un desierto poblado de tristeza y temores. Si no quieres ir, no vayas. Nadie tiene derecho a obligarte. Tú eres la dueña de tu destino.

—No quiero ir, pero creo que debo hacerlo —contesta insegura. Se debate entre dos frentes abiertos, en una guerra sin bandos, porque a un lado y al otro, se encuentra su bienestar.

—Entonces, dedica unos minutos a pensar cual de esos dos impulsos lo sientes con más fuerza dentro de ti. No estás sola, eso lo sabes. Aceptaremos tu decisión sin juzgarte, simplemente porque no tenemos derecho a hacerlo, pues ni Marcos ni yo hemos tenido que pasar por lo que tú has sufrido. Y en cuanto tomes la decisión, ve adelante con ella, sin arrepentimiento.

Abril necesita unos minutos para pensar. O tal vez unas horas, pero no le apetece alargarlo demasiado. Tampoco puede, porque les han pedido que vayan en una hora a la comisaría. Mariví tiene razón: tome la decisión que tome, debe ir adelante con ella. Marcos le dice que no puede ayudarla a elegir, que no quiere condicionarla. Él tiene las ideas muy claras, pero también considera que ella podría entenderlo como un modo de presión.

—No sé qué hacer —vuelve a decir ella.

—Lo comprendo. Quizá es mejor no pensarlo demasiado. A veces, darle demasiadas vueltas a algo solo lo vuelve más complejo. Tal vez sea una de esas cosas en las que te debes dejar llevar por tu instinto —argumenta él.

Abril respira hondo.

—Mi instinto me dice que luche.

Marcos sonrío entusiasmado. Asiente con la cabeza.

—Pues no perdamos más tiempo. Coge la chaqueta y vámonos —le insta, antes de que le dé tiempo a cambiar de opinión.

Tardan poco más de quince minutos en llegar a comisaría. Está asustada. El ruido del interior, el ajetreo, no la ayudan a tranquilizarse. Marcos le echa el brazo por encima de los hombros y la aproxima a su cuerpo. Así le dice sin palabras que está metido hasta el fondo en esto con ella, siempre a su lado.

Se acercan al mostrador y explican el motivo por el que se encuentran allí. El policía llama por teléfono a alguien y, acto seguido, les pide que esperen en unas sillas que hay enfrente. Varios carteles con rostros poco amables cubren las paredes que algún día fueron blancas. Son personas a las que se busca. Abril vuelve a sentir ese miedo irracional, tal vez al ser consciente de lo mal que está el mundo.

En tan solo unos minutos, un agente vestido de paisano se acerca a buscarlos. Les explica el procedimiento y les acompaña hasta la sala en la que se realizará la identificación. No va a ser la única. Varias mujeres acudirán ese día por lo mismo.

Por fortuna, no tiene que esperar demasiado a que todo esté listo para empezar. Cada minuto allí la pone un poco más nerviosa, así que agradece que procedan con agilidad.

Está temblando. Le da la impresión de que las piernas no la van a poder sujetar. Cuando empiezan a entrar los sujetos, se siente a punto de desfallecer.

El agente les va pidiendo que cambien de posición para que les vea desde distintos ángulos. Es un auténtico calvario para ella. Algo en su interior, le dice que sabe quién es. Pero no debería. Está casi segura de que no le vio. Sin embargo, su mente inconsciente sí que grabó su rostro, cuando pasó junto a él y se convirtió en su objetivo sin quererlo.

El número cuatro.

Está casi convencida.

—Ahora van a tener que decir una frase en voz alta —dice el policía.

A continuación, le pide al número uno que repita una frase corta que acaba de leer.

Luego le toca al dos.

El tres.

Y el cuatro.

No llegan al cinco, porque Abril está segura.

Es él.

Algo se ha desgarrado en su interior. Sus terminaciones nerviosas han estallado de terror y han inundado hasta el último rincón de su ser.

La piel erizada.

El estómago contraído.

Las piernas rígidas, paralizadas.

Jamás olvidará aquella voz.



Juicio

Tres meses después de que acudan a la comisaría sale el juicio. Ha pasado ya casi un año desde aquel horrible suceso que dejó la vida de Abril y también la de Marcos en pausa. Son dos jóvenes que han tenido que madurar a marchas forzadas, porque se han enfrentado a vicisitudes que la mayoría no conocerá jamás.

El juicio es un nuevo escollo.

Una nueva mirada atrás.

Otra vuelta de tuerca.

Pero no lo puede evitar.

Es un tema que ha hablado ya con Mariví. Está preocupada, pero su psicóloga va a ayudarla. Conoce de sobra lo que va a suceder, porque ya lo ha vivido con otras pacientes suyas que atravesaron por algo similar. No puede restarle importancia. El juicio puede ser un punto de inflexión en su recuperación. Hay que considerar todos los elementos.

Lo que supone a nivel emocional.

Las implicaciones que traerá consigo.

El regreso a meses atrás.

La reconstrucción de los hechos.

La declaración delante del juez.

Es un duro trago para las víctimas. Por eso, su psicóloga va a dedicar muchas sesiones a trabajar este aspecto con ella. Abril está ahora mucho más fuerte. Está convencida de que lo superará. Casi ha logrado llevar una vida normal, salvo algunos asuntos que todavía están por resolver. Por ejemplo, sigue siendo incapaz de acercarse al lugar de los hechos. Busca rodeos, vueltas y alternativas para no tener que atravesar ese pasaje del terror.

Todo llegará.

Solo hay que esperar que sea su momento.

Por suerte, no es un juicio mediático. Ese sería otro tema que haría que todo el proceso fuera mucho más duro.

El primer día que se conocieron, Mariví le aseguró que, salvo que fuera necesario, no le iba a pedir que reviviera lo sucedido, sino que iban a trabajar sobre los miedos que habían surgido a raíz de ello, la ansiedad y su agorafobia. Ha cumplido con su palabra.

Hasta ahora.

Es el momento en el que tiene que pedirle a su paciente que le explique con sus palabras lo que sucedió, porque es la única manera en la que puede prepararla para los interrogatorios de los abogados y para la exposición pública de un hecho que es demasiado íntimo.

—¿Confías en mí, Abril? —le pregunta en la primera sesión de preparación.

—Al cien por cien —contesta. No parece la misma de hace unos meses. En su mirada se vuelve a leer la confianza en sus posibilidades, la seguridad en sí misma.

—Muy bien, pues comencemos.

No resulta fácil. Nunca lo es. Pero empieza a soltarlo, a dejar salir el pus que infectaba la herida. La primera vez es la que se utiliza de forma terapéutica, trabajando sobre ello. Las

siguientes son meros entrenamientos para lo que está por venir. Es otra forma de desensibilización. Y funciona, porque con cada relato, Abril parece tomar en cada ocasión más distancia.

Cuando llega el día de acudir frente al juez, Abril se siente fuerte y confiada, aunque no podrá evitar algunos momentos de debilidad porque, por mucho que se ha preparado, le cuesta asumir la falta de tacto y de delicadeza del abogado defensor.

Pero ya no le puede hacer daño.

No tanto, al menos.

Ya no siente que tenga la culpa por lo que sucedió.

Por llevar un vestido “demasiado sexi”.

Por cruzar por el oscuro pasaje.

Por ir distraída.

No tiene que sentirse culpable.

Y por encima de todo, no debe sentir vergüenza.



Epílogo

10 años después

La vida de Abril y de Marcos ha cambiado mucho desde entonces. Ambos tienen profesiones con las que se sienten realizados, aunque, en algunas ocasiones, tienen que echar demasiadas horas. Eso no es del todo compatible con su vida familiar. Ahora tienen dos preciosos hijos que son un auténtico quebradero de cabeza, pues ambos son todavía muy pequeños y se llevan muy poco tiempo entre ellos.

Abril colabora con Mariví en una de las asociaciones para mujeres que han sufrido algún tipo de abuso o agresión sexual. No puede dedicar todo el tiempo que le gustaría, pero le gusta sentirse útil y poder ayudar a otras. Es perfectamente capaz de meterse en su piel.

Un día cualquiera, una noticia la sorprende en el televisor. Hablan de un preso al que han asesinado en la cárcel. Su intuición hace que se interese por conocer más detalles del hecho. Descubre que el fallecido es el mismo hombre que le robó tantos meses de su vida y que a punto estuvo de arrebatarle toda su dignidad.

Le sorprende darse cuenta de que no siente nada. Ni satisfacción, ni animosidad, ni un sentimiento de venganza.

Entonces es verdaderamente consciente de que ha cerrado por fin esa puerta.



AGRADECIMIENTOS

Hay muchas personas a las que expresar agradecimiento, porque nada se hace en absoluta soledad. Siempre hay quien te alienta, te anima o te ayuda cuando más lo necesitas.

En esta ocasión, es importante darle las gracias a los que han sido lectores cero de esta breve novela y que han sabido encontrar los errores y los aspectos a mejorar.

- Andreu Purroy Giribet
- Margarita Gonzáles Benavides
- Sara Moyano Ávila
- Patricia Burgos Cortés
- Laura Díaz de Prado.
- Rocío García Melgar

Gracias a todos y cada uno de ellos porque jamás me fallan y me acompañan en cada proyecto.

Por último, gracias a los organizadores del Premio de Novela Ciudad de Salamanca 2024 por proporcionarme el empuje y la ilusión de presentar uno de mis trabajos en mi ciudad.

Acerca de la autora

Nacida en Salamanca, Ariel Zorion escribe novelas desde 2016 bajo seudónimo. Es una autora autopublicada que ha escrito treinta y tres libros hasta la fecha. De su pasión por leer derivó ese oficio de escritora que tanto disfruta. Las novelas de trama policíaca y de suspense son las más habituales en su bibliografía, pero también escribe de otros géneros, entre los que se encuentra la narrativa contemporánea, la comedia o el terror. Podría decirse que todoterreno es la palabra que mejor la define.

En esta ocasión, *Los Sonidos del Silencio* es una novela contemporánea dramática que narra un hecho duro y las secuelas posteriores, pero que quiere transmitir un mensaje de esperanza.

El germen de esta novela surgió después de una interesantísima charla de la reconocida criminóloga Beatriz Izquierdo, autora del libro *De los Reyes Magos al porno*. Podéis encontrarla en Instagram como @origendelmal.

REFERENCIAS EMPLEADAS EN EL LIBRO:

Sin mencionarlos directamente en todos los casos, en esta historia aparecen algunas referencias fácilmente reconocibles. Entre ellas, seguro que te han resultado familiares las siguientes:

- La famosa frase *Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo*, de Arquímedes de Syracuse
 - La canción *¿Quién me ha robado el mes de abril?* de Joaquín Sabina, estrenada en 1988.
 - El principio de parsimonia o Navaja de Ockham.
 - El gato de Schrödinger. Se trata de uno de los experimentos mentales más famosos y discutidos en la historia de la física cuántica. Fue propuesto por el físico austríaco Erwin Schrödinger en 1935.
 - La proporción áurea o número áureo que se atribuye a la escuela pitagórica.